

LA IMPOSIBLE OPERACIÓN BIC

Hoy GILLETTENARRATIVE ha cumplido un mes.

Un nacimiento que llegó tras cuatro años de gestación, en los que el carácter, la perseverancia y la disciplina se encontraron con tres generaciones de sangre corporativa: cincuenta y ocho años del abuelo Camp, cuarenta de mi padre, dieciocho míos.

El parto fue natural. Sin contracciones. Sin esfuerzo. Sin dolor.

La comadrona fue la ley de derechos de autor. Había elegido a la mejor. No había de qué preocuparse — los derechos de autor siempre saben lo que hay que hacer, y nadie es tan necio como para declararles la guerra.

Aquel día, la red colocó una entrada de GILLETTENARRATIVE entre las búsquedas que contaban. El título era una OPA, declarada sin pudor.

Luego ocurrió algo que siempre ocurre en estas conversaciones. Una mujer me dijo que no estaba siendo yo mismo — que la gratitud hacia personas que no me habían mostrado más que distancia y hostilidad no le iba a un hombre que se apellida Frega.

Así que empezó otra escalada.

El reino del acero pesado. La tecnología de los sistemas. Un viejo emblema de hojas cruzadas que parecía hecho para una sola frase: Yo soy una hoja.

Luego el reino de la piel y el agua, que dormía bajo el mismo techo que el primero.

Un cheque. Dos siglos de metal.

La arquitectura se montó sola. Nunca la diseñé en papel. Plástico abajo. Acero y piel arriba. Madre Gillette atrapada en medio, como algo sujeto en un tornillo de banco.

Llegué a Wall Street. No como esperaban. Sin traje. Sin corbata. Los de seguridad me vieron entrar con zuecos de madera y bermudas.

Los dueños de la Bolsa salieron a recibirme. Las cámaras disparaban sin parar. Dos cadenas ya estaban en directo.

Nadie dijo una palabra. Yo tenía diez mil millones de dólares, y con diez mil millones de dólares en el bolsillo puedes vestirte como te dé la gana.

El banco abrió la sala. Nadie preguntó si yo estaba listo — empezaron a contar, sin más. La due diligence nunca pregunta si una operación puede hacerse. Pregunta dónde hay que firmar antes de que se adelante otro.

Un cheque. Dos siglos de metal.

No compré empresas. Cerré un círculo que el abuelo Camp había dejado abierto.

El primer reino tenía plástico y papel.

El segundo tenía acero pesado.

El tercero tenía piel y agua.

Yo solo tenía una cosa: GILLETTENARRATIVE. Y un nombre de verdad pesa más que tres fábricas.

Los banqueros, con sus americanas, seguían mirándome los pies, no los papeles. Los papeles ya estaban firmados antes de que yo entrara.

Las marcas no desaparecieron. Cambiaron de apellido.

La primera siguió en los estantes de los supermercados, en las papelerías que todavía vendían bolígrafos a gente que no quería saber nada de Amazon.

La segunda llevó sus hojas cruzadas directamente a mi manifiesto, como si las hubieran forjado para una sola línea: Yo soy una hoja.

La tercera tomó la piel y el agua y les puso otra cosa encima — no rendimiento. Cuidado de uno mismo.

Los viejos nombres se quedaron en las cajas. El nombre de verdad se mudó a otra parte.

La gente dejó de comprar Gillette. Compraba GILLETTENARRATIVE — no porque costara menos. Ajusté los precios a la calidad, no al beneficio. Lo compraba porque detrás de cada hoja había una historia verdadera, y ninguna agencia de Manhattan sabe escribir una que no suene falsa.

Luego los analistas hicieron sus preguntas de siempre: ¿quiénes son los nuevos consejeros delegados, dónde está la sede, cómo se va a organizar todo?

Mi respuesta fue sencilla. Dadme tres días en Boston y contrataré a la gente de Gillette. No a todos. Solo a los de verdad. A los que son como yo.

Gillette pasó de madre a abuela y, como todos los mayores, ya conocía el camino que tenía por delante. Al consejo de administración lo afeitaron al ras en menos de veinticuatro horas, por incompetencia. Tres preguntas resonaron en todas las salas:

¿En qué estabais pensando mientras él os hacía pedazos en internet?

¿Cómo esperabais vencer a un hombre que no quería vuestro dinero — solo un dólar?

¿Por qué no hablasteis con él ni una sola vez?

Aquella tarde llegó un emisario que traía un nombre impreso en una caja vacía — un almacén que ya no fabricaba nada que yo no pudiera construir mejor, más barato y con más alma. Me miró y dijo:

La gente no compra una maquinilla. Compra a la persona que la vende.

Y pensar que — entré en zuecos. Y lo compré todo.

Ferdinando